

## AIRES ROJOS

Llegó corriendo, demasiado tarde, los tres cadáveres estaban sobre el piso. Caminó alrededor de ellos. Tengo que averiguar, se dijo. Metió la mano en los bolsillos sabiendo que no iba a encontrar nada. Buscó algún otro rastro en los cuerpos. Martín tenía una cadena en el cuello con un dije en forma de colmillo de tiburón. Los otros dos nada. Les vio la cara. Sebastián la tenía deshecha por la bala que colocaron en ese sitio. Fue un hijodeputa en que le disparó ahí, se dijo. Los otros dos parecían dormir. Sabía lo que tenía que hacer y lo hizo. Examinó los distintos aires del lugar. El aire verde, el que ocupaba mayor extensión no le interesó, es el viento que viene de la selva cercana. El azul menos aún. Es el que viaja desde el mar. Examinó el café de los desiertos, el amarillo de los atardeceres, el transparente de las lágrimas, el morado de las iglesias, el blanco de las púberes. Fue separando uno a uno en busca del rojo, del aire rojo, del viento rojo, del rojo amor, del rojo pasión, del rojo sangre. Lo encontró donde debió buscar primero, estaba junto al cuerpo de Esteban y de los otros dos. No ocupaba mucho espacio. Se colocó en uno de sus bordes y lo fue empujando para que el borde opuesto se reclinara sobre la pared de la iglesia donde fueron fusilados. Se recargó para irlo comprimiendo. Al fin logró que midiera un metro de ancho. Ya lo podía abarcar con los dos brazos extendidos. Subió a un borde de una columna para disminuirlo de altura. Se arrojó sobre él con peligro de caer de boca en el suelo de piedra. Consiguió que midiera un metro de ancho por un metro de altura. Ya comprimido el color rojo se hizo más intenso. Lo tomó en sus manos para modelarlo y seguir haciéndolo más chico. Le fue dando forma redonda, forma de pelota. Ahora medía lo mismo que un balón de fútbol como era con el que tanto jugaban de niño, él y los otros tres. Parecía la bola un rubí

pero un rubí en movimiento. En su interior ráfagas de viento pasaban de un lado a otro a gran velocidad. Así no voy a poder lograr nada, se dijo Arnulfo, tengo que calmarlos. Sacó la flauta de caña que traía en la bolsa, se sentó en el piso junto a la bola de aire. Le tocó música de agua mansa, de maíz, de surcos de tierra, de golondrinas volando, de risa de niños, de mirada de águila, de aguacero al atardecer. Los aires se fueron calmando poco a poco dejando ver el centro donde estaban los pensamientos de los tres hombres al morir mezclados con las palabras y los sonidos fuera de ellos. ¡Preparen! Alguien tiene que dar la orden para que esto se detenga. ¡Cabrones! Debo pedir perdón por mis pecados pero a la chingada. ¿Sentiré dolor? Maclovio fue el que nos traicionó, Maclovio y los Riojano. Mi vieja y mis hijos deben estar llegando a la ciudad. Nuestra lucha va a seguir. Sebastián va a vomitar, ojalá y pueda aguantarse. Tengo ganas de orinar. Martín fue el último en unirse y es el primero que va a morir, es valiente. Llegó el momento. Esteban viene herido, a ellos les vale, a patadas lo colocaron aquí. Las ideas y pensamientos se atropellaban unos a otros pues eran muchos. Corrían a la velocidad del aire antes de ser aplacado por Arnulfo. Las armas están bien escondidas. Hace frío o yo lo tengo. ¿Si me echo a correr? ¡Apunten! Soy joven. Mariana me va a olvidar pronto. Ojalá Leoncio y los demás encuentren el dinero y las armas. Se sienten victoriosos, ¡Putos es lo que son! ¿Dejaré primero de ver o de oír? ¡Ganaremos, vivos o muertos pero ganaremos! Nuevamente los aires empezaron a moverse. Arnulfo acarició la circunferencia y estos se calmaron. Ahora se oían palabras sueltas: victoria, hambre, fuerza, injusticia, pueblo, niños, libertad. ¡Fuego! Arnulfo dejó caer la bola de aire al suelo por el fuerte ruido de las balas que lo asustó, dejó que rebotara por el atrio y saliera libre al campo. Vio como se elevaba poco a poco y se perdía de vista. Nuevamente supo lo que tenía que hacer. Empuñó su fusil y caminó.

Tomás Urtusástegui

Julio 2009